

lants ó licenciado, meditando sobre los azares del próximo concurso. He oído también, recorriendo estas angostas y angulosas calles, resonar en el interior de más de una casa, no un piano (esto ya vendrá), pero á lo menos una *theorba* china en manos sin duda de alguna bella filarmónica. ¿Qué más añadiré? Un sabio de *Kalgan*, que representa él solo la sociedad geográfica de la localidad, me ha hecho aceptar con una tenacidad y finura completamente chinas un mapa-mundi hecho por su mano, tan singular como el de que me he ocupado en otro lugar. En fin, y para no olvidar nada, debo decir que honrados ciudadanos de *Kalgan* se dedican inocentemente á la cria de pequeños crustáceos en vasos llenos de hojas de loto chino, ni más ni menos que lo he visto hacer en *Shanghai* y en *Pekin*.

Hay en *Kalgan* muchos mongoles: estos hijos del desierto completamente extraños á los usos y costumbres de la China, acampan en las posadas, como si estuvieran en sus estepas. En vez de poner sus animales en la cuadra y aceptar para sí el aposento que les ofrecen, levantan sus tiendas en medio del patio y atan sus caballos á estacas que clavan en torno de su improvisado domicilio. Hacen de comer en las mismas tiendas, sirviéndose por combustible de las boñigas secas que traen del desierto en grandes sacos, y se acuestan en los aparejos de sus bestias y cubiertos de las cargas, y nada podría decidirlos á tomar un sitio en el *Kang* ni aun á servirse del fuego de las cocinas para guisar sus alimentos.

Los posaderos no les hacen por eso pagar menos, tratándolos de *Mukuti*, gentes de Mongolia (1).

Héme ya en la calle de los mercaderes de ropas, con quienes tengo necesidad de tratar. Aquí hay más ropavejería que tiendas de trajes nuevos, porque estas gentes no tienen ninguna repugnancia en vestirse con los desechos de otro, desechos que el revendedor apenas cuida de limpiar. Todas estas prendas provienen de los montes de piedad que los han vendido una vez pasado el plazo del reembolso. Entre ellas suelen verse algunos trajes de pobres mongoles despojados sin duda por el fisco chino.

Hé aquí, por fin, un almacén *fashionable*. Su dueño es un vejete aseado, de formidables anteojos que no ocultan del todo, sin embargo, sus malignos y picarescos ojos. Tres mancebos se suceden trayendo el uno después del otro, ya tuniqueillas de cotonada que sirven de camisas, ya chupas acolchadas, ó pellizas de seda con forros de pieles y otras prendas de lujo; y colocándolas á vista de los pasajeros, gritan con voz de falsete ponderando su calidad y baratura. Todos los géneros del almacén pasan por esta revista;

(1) Es curioso hacer notar que la palabra china *gen* tiene ciertamente la misma raíz que la latina *genus*, de que deriva la francesa *genre* y *gens*.

es la costumbre, costumbre más ingeniosa y eficaz para cautivar el gusto de los pasajeros que no la invariable muestra de nuestras exposiciones europeas.

Yo me he dejado seducir: he comprado entre otras cosas una pelliza de seda azul, forrada de lana blanca, lana de carnero ong-ti, tan fina y suave como la misma seda. He pagado por ella 25 piastras (1), acaso el doble de lo que vale; pero el comerciante ha estado tan persuasivo, tan irresistible, que me he dejado engañar para irme pronto, pues hubiera sido capaz de hacerme comprar toda la tienda.

Los chinos son ciertamente los primeros comerciantes del mundo; y creo que los de París y Londres tendrían en ellos temibles concurrentes, si les diera algún día por ir á establecerse en Europa.

En fin, mi pelliza forrada es una gran precaución contra los helados vientos del desierto de Gobi que en breve tendremos que atravesar.

He hecho otras varias compras y vuelvo á mi alojamiento fatigada y aturdida con el perpetuo ruido y gritos en todas lenguas de esta ciudad comercial.

Después de comer Mr. Baluseck se ha separado de su esposa que vuelve á la Siberia con nosotros, y retrocede camino de *Pekin*. Mr. Bruce se empeña en acompañarnos hasta *Burgaltai*, primera estación de Mongolia.

Mañana temprano partiremos. Desde la posada descubro las ramificaciones de la gran muralla, que se extiende al Norte de la ciudad hacia la cresta de las montañas.»

Tchang-hia-keu es el verdadero nombre, el nombre chino de la ciudad: *Kalgan* es el que le han puesto los rusos.

Hácese subir la cifra de su población á 200,000 almas, sin contar la población flotante de forasteros que atraen las relaciones de comercio.

Situada en el fondo de un valle que va á unirse al de *Suan-hoa-fu*, y al pie de las montañas que la circuyen, *Kalgan* baña su planta en las aguas de un afluente del *Wen-ho*, se ciñe de fuertes murallas y se corona de altas colmenas. Su construcción no es regular: es una aglomeración de casas feas y mal distribuidas. Pero tiene grandes arrabales, algunos monumentos y jardines de árboles gigantes, y sobre todo, por su buena situación en el enlace de los caminos de Siberia, del *Kan-su* y del *Thian-cho-no-lu*, es un gran centro de comercio.

Los mongoles y los mandchúes que alimentan la importación y exportación, traen peletería, hongos, sal, *ginsen* (2), paños y otras mercaderías rusas, como también bueyes y carneros; y se llevan en cambio

(1) La piastra mejicana, que es la que corre en China, vale unos 6 francos.

(2) Planta así llamada.

tabaco, té, algodón, jaces, harinas de cebada y de mijo, y utensilios de cocina.

Los traficantes chinos que conocen la pasión de los nómadas por todo lo que suponen de *Pekin*, tienen buen cuidado de hacer pintar en gruesas letras en sus fardos: MERCADERÍAS DE PEKIN. Porque sucede aquí lo que en Europa con las modas de París: las damas mongólicas no quedarían satisfechas con los regalos que sus maridos les llevan á la vuelta de sus largos viajes, sino los supusieran fabricados en la capital del Imperio, en el Celeste *Pekin*.

A pesar de su importancia, la ciudad de *Kalgan* no figura en la excelente carta geográfica del Asia Oriental, publicada por *Andriveau-Gujon*. Mas aun: el abate *Huc*, que debió pasar muy cerca de esta gran ciudad, cuando en compañía del padre *Gabet* iba de la *Mandchuria* al *Thibet*, no la menciona tampoco. Es, pues, la ciudad más setentrional de la China propiamente dicha, y está situada á los 40 grados de latitud y 113 de longitud.

XXVIII.

LA TIERRA DE LAS YERBAS.

Descripción de la gran muralla.—Su fundador.—Su ineficacia como defensa de guerra.—Montañas de *Tching-gon-ula*.—Valle y posada de *Uche-tiao*.—Planicie de la Mongolia.—Magnífico ocaso.—*Burgaltai*.—Confusión inexplicable á la llegada.—Fiesta de la reina *Victoria*.—Despedida del ministro inglés.—Escorta de los viajeros en las estepas.—Calesa de *Mad. de Baluseck*.—Carretas chinas.

Los viajeros acompañados de *Mad. de Baluseck* y de su comitiva, salieron de *Kalgan* el 24 de mayo.

A la salida de la ciudad, se dirige otro camino al Norte hacia *Sin-huang-tsen*, asiento de la misión de Mongolia á donde el pro-vicario enderezó sus pasos, después de una tierna despedida.

Penétrase poco después en una garganta, formada entre altas montañas por un lecho de torrente enjuto, que conduce por rápidos declives hasta la gran muralla, corona de las alturas. Esta prodigiosa obra de defensa se compone de dobles muros almenados que se enlazan por torres y otras fortificaciones. Su construcción es de piedra de sillería y bloques cimentados con cal, midiendo 5 metros de altura por 3 de espesor y cuya parte exterior es curva.

La gran muralla, cuyas ramificaciones se extienden hasta más allá del *Kan-su* en una longitud de 10,000 *lis* (1) ó de unos 5,000 kilómetros, está

(1) El *li*, medida de longitud, representa cerca de la mitad del kilómetro; pero cambia de valor según las provincias de la China. Un *li* vale 1,600 *tchi*, que equivale á nuestro pie y varía entre 30 y 35 centímetros. Hay *tchi* de carpintero, *tchi* de sastre, y *tchi* de *li*.

lejos de presentar en ninguna otra parte una masa de construcción tan imponente.

El emperador *Tsin-chi-huang-ti*, que la hizo construir en el siglo III de la era cristiana, se había consagrado á defender sobre todo el Norte de las provincias del *Pe-tche-li* y del *Chan-si*, límites de la capital.

Según informes de los chinos, la gran muralla va siempre en disminución de altura y espesor, y en el *Kan-su* no es ya más que una pared; muy luego se cambia en un amontonamiento de piedras amasadas con barro y de 1 metro apenas de altura.

Sálvase la gran muralla al Norte de *Kangan* por una puerta fortificada, situada en el fondo del desfiladero y unida á la muralla por un muro de 6 metros de espesor en media luna vuelta hacia la Mongolia.

Nada más impracticable que las gargantas en que los viajeros se metieron después de haber pasado la gran muralla. Solo los torrentes han trazado el camino interceptado de rocas y quiebras peligrosas: así que los carros no pasaban sino con dificultades extremas. Algunos de estos parajes son en verdad muy pintorescos: enormes peñascos de formas caprichosas, bocas de profundas grutas, grupos de gigantes y verdes árboles, torrentes de agua brotando, corriendo, saltando por las quiebras de los riscos.

Por otra parte se ven en los cortes de las montañas nichos naturales abrigando groseros ídolos: los mongoles que pasan no dejan de adornarlos con objetos de devoción. Un viejo lama, eremita del desierto, exige aquí una especie de contribución á los viajeros, bajo pretexto de conservar el camino, lo que ciertamente no se nota.

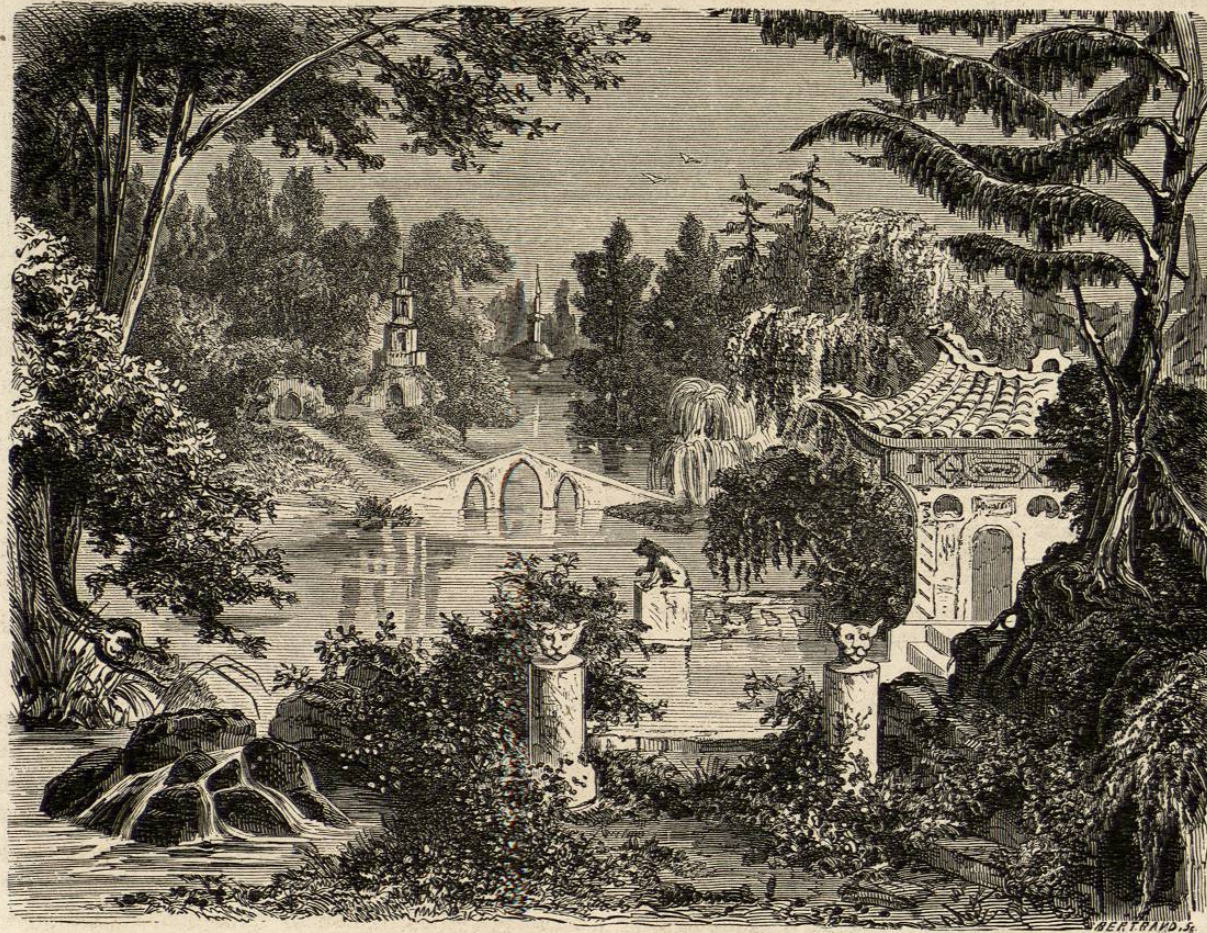
Esta cadena de montañas, llamada por los chinos *In-choh*, y por los mongoles *Tching-ghan-ula*, tiene por término medio una altura de 6 á 700 metros sobre el nivel del mar. Algunos alegres valles, bien cultivados y fértiles, se hacen observar en el centro de los montes *In-choh*. En uno de estos valles y en un pueblecillo que llaman *Uche-leao*, se detuvieron al almorzar los viajeros.

«Nos han servido en esta posada, á donde llegamos hasta con hambre, á las dos de la tarde, excelentes galletas de harina de cebada, que se han hecho á presencia mía y de *Mad. de Baluseck*, sobre una plancha de hierro caliente. También ha habido pastelería: este artículo no era de tanto gusto por la grasa con que suplen aquí la manteca.»

Bajando de las montañas se descubre un valle verdeante plantado de algunos árboles, y más adelante la meseta de la Mongolia dibujándose en suave pendiente en lontananza. Al pie de esta meseta está la estación de *Zago-tolgoi*, pequeña agrupación de miserables casas, donde solo se detiene la marcha para cambiar de tiro.

Los carreteros chinos han sido reemplazados por postillones mongoles que condujeron los carruajes, no sin grandes dificultades por lo arenoso del terreno, á lo alto de la meseta.

A nuestra llegada arriba descubrimos la vista mas admirable: por detrás los hondos valles y los altos montes hundiéndose gradualmente en las sombras, mientras que el sol bajando ya á su ocaso, enrojecia las cumbres con el purpúreo brillo de sus últimos rayos; por delante praderas sin fin; una inmensi-



Parque del palacio imperial de Suan-hoa-fu.

la limpidez y pureza de aquella diáfana atmósfera.

Pero no pudimos gozar mucho tiempo de aquel mágico y bellissimo espectáculo: la dulce luz del crepúsculo pasó, fugaz como un ósculo de la naturaleza, precediendo á la noche que muy luego empezó á cerner su oscuridad misteriosa sobre tales y tantas bellezas: era preciso continuar nuestra marcha para alcanzar al todavía lejano Burgaltai, primera estación de la Mongolia.

En estas llanuras sin límites la noche es mucho mas profunda que en terreno accidentado: no pudiendo parar la vista en ningun punto elevado, no

tiene delante de sí el que mira mas que la uniformidad de la sombra. Así que pusimos todos en fila nuestros caballos, siguiendo paso á paso al oficial mongol, encargado de acompañarnos.

Todas estas precauciones no impidieron que, algunos momentos antes de nuestra llegada á Burgaltai, notáramos la ausencia de Mr. Bruce. Por fin, y despues de media hora de pesquisas y gritos, tuvimos el gusto de encontrarlo. Se habia separado solamente algunos pasos, y cuando quiso incorporarse de nuevo á la cabalgata, le fue imposible orientarse y tomó una dirección opuesta.

tiene delante de sí el que mira mas que la uniformidad de la sombra. Así que pusimos todos en fila nuestros caballos, siguiendo paso á paso al oficial mongol, encargado de acompañarnos.

Todas estas precauciones no impidieron que, algunos momentos antes de nuestra llegada á Burgaltai, notáramos la ausencia de Mr. Bruce. Por fin, y despues de media hora de pesquisas y gritos, tuvimos el gusto de encontrarlo. Se habia separado solamente algunos pasos, y cuando quiso incorporarse de nuevo á la cabalgata, le fue imposible orientarse y tomó una dirección opuesta.

No olvidaré la estación de *Burgaltai*. ¡Qué confusión! La caravana encargada del transporte de nuestros bagajes y que habia salido de Kalgan algunas horas antes que nosotros, llegaba al mismo tiempo que nuestros carros y cabalgata.

En esta negra noche, mas negra aun por el resplandor de las antorchas que cruzaban por aquí y por allá, los camellos mugian tristemente para que sus conductores los descargasen; los caballos espantados se encabritaban sin dejarse gobernar, y un concierto ó desconcierto de voces y juramentos en todas lenguas se dejaba oír por todas partes.

Nuestros sirvientes no tienen aun la costumbre de liar y desliar los equipajes, y en medio de tal desbarajuste y tanta confusión, ha sido menester mucho tiempo para encontrar nuestros neceseres de viaje, algunos fiambres y los lechos de campaña.

Ayer 24 de mayo fue el día de la reina Victoria, y como el mayordomo ha podido dar con dos botellas de Champaña, hemos brindado á la salud de S. M. con el ministro de Inglaterra y su secretario mister Wade. Despues hemos hecho un whist (se encontró tambien



La gran muralla al Norte de Kalgan. — De fotografía.

una baraja). Es seguramente la primera vez que se juega á la baraja en la Mongolia.

Burgaltai es un lugarejo compuesto de algunas barracas de madera y una pequeña pagoda; últimas habitaciones fijas que se encuentran á la entrada del desierto y esta será la última vez que durmamos bajo techo: vamos, pues, desde ahora á acampar como los nómadas. Pero mejor quiero dormir bajo una tienda que pasar la noche en una habitación tan sucia y hedionda como la posada de Burgaltai, bien que se haya hecho evacuar de antemano para recibirnos.

El patio es un recinto cuadrado, hecho con barreras de tablones y de matas; en medio está la barraca formada con tablas y barro de tierra y broza, elevándose 3 metros á lo mas. Además de un cuchitril, donde duerme el posadero, tiene esta barraca una pieza de techo sin rebocar, á cuyas vigas se tocan con la cabeza. Esta sala, no pequeña en verdad, sirve á la vez de cocina, de comedor y dormitorio, sin poseer mas mueblaje que un largo y ancho *kang*, donde pueden dormir holgadamente veinte viajeros lo menos.

Hé aquí el abrigo en que hemos de pasar la noche atormen-

tados por todos los insectos de la creacion.

25 de mayo, á las siete y media de la mañana.

MM. Bruce y Wade acaban de despedirse y vuelven camino de Pekin con toda su servidumbre. Nos ha afectado esta separacion. Ahora comienza verdaderamente nuestro viaje, uno de los mas largos que se pueden hacer por tierra. Desde Pekin hasta aquí el viaje ha sido, por decirlo así, un paseo de placer.»

Antes de seguir á los viajeros al desierto de la Mon-



Licenciado ó Licou-tsai y buhonero de Kalgan.

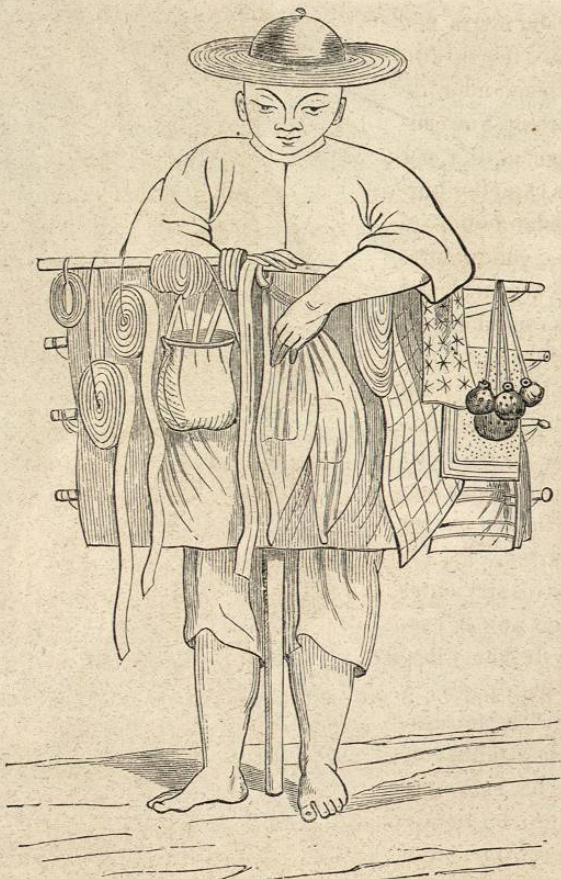
arma, de un artillero, un intendente y un joven chino cristiano, natural de Pekin, Lieur, que Mr. de Bourboulon llevaba á Francia. Mad. de Bourboulon llevaba consigo un médico ruso, una doncella francesa, un intérprete lama, llamado Gombœ, agregado á la legacion de Rusia y un cosaco de escolta.

Una pequeña galera de dos ruedas con muelles perteneciente á Mad. de Baluseck servia de mediano vehículo á las dos señoras; los demás viajeros estaban reducidos á las carretas chinas sino querian cabalgar.

Las carretas que se habian hecho en Pekin eran tan pequeñas que solo podian llevar una persona y algun equipaje: estaban cubiertas, como los carrua-

golia es necesario decir quiénes eran las personas de su séquito y cómo se habia organizado este largo trayecto por medio de un pais, cuyos habitantes no podian ofrecer ningun recurso, y donde ni agua potable se encontraria.

La pequeña caravana francesa se componia, además de Mr. de Bourboulon y su esposa, de seis personas: el capitán de ingenieros Mr. Bouvier, acompañado de un sargento y de un soldado de la misma



jes alemanes, de una especie de capucha de tela azul, cuya parte superior era de lona embreada. El paciente habia de sentarse en un banquillo, teniendo por delante unas cortinillas que podia plegar y desplegar á su gusto: por la trasera se podia ver el paisaje al través de una lámina de cuerno trasparente que cerraba una ventanilla.

Estos carricoches, que no tenian muelles, eran de sólida construccion; las ruedas, de un peso enorme, estaban guarnecidas de aros de hierro con clavos salientes; los ejes de madera fijados con goznes de hierro eran muy largos, lo que separaba las ruedas mas de 1 metro de la caja del carruaje.

Desde Kalgan á Zagan-Tolgoi los carreteros chinos, sentados en el pescante como nuestros mayores, los habian conducido con tiros de dos mulas enganchadas en hilera. En esta última parada fueron, como se dijo, reemplazados por postillones del pais, lo mismo que los mandarines chinos, cedieron desde aquí el cuidado de la escolta á oficiales de Mongolia.

XXIX.

LA TIERRA DE LAS YERBAS.

Tiros á la mongola.—Costumbres de los nómadas.—Caravana de los camellos de servicio.—Falta de combustible.—Campamento.—Primeras paradas en la Tierra de las Yervas.

No hay cosa mas singular que los tiros á la mongola que guian nuestros viajeros por medio del desierto. Figuraos unas varas de 4 metros de longitud empalmadas al pescante por fuertes nudos de correas. Estas varas son móviles y pueden levantarse á 40 centímetros del pescante, gracias á la longitud de las correas que espican este efecto. Cuando esta operacion está hecha, inclinándose á tierra la caja del carruaje, en cuyo banco se tiene firme el viajero, dos ginetes mongoles vienen á galope, hacen retroceder hábilmente sus caballos, quedando uncidos en pocos momentos, parten ligeramente por las estepas del desierto.

A veces, cuando el terreno es difícil, se enganchan dos caballos mas, por medio de unas cuerdas preparadas para este caso.

Cuando se quiere descender, los postillones ladean los caballos, y venciéndose entonces la caja del carruaje, el viajero dormido ó descuidado, corre peligro de caer á tierra de cabeza; pero estando prevenido, debe agarrarse al carruaje.

Tal es el tiro de uso inmemorial en estos pueblos primitivos, tan peligroso para los postillones, que se arriesgan á perecer á un mal paso de los caballos, como incómodo y molesto para los viajeros, conducidos ó arrastrados en estos vehículos.

Los mongoles, obligados al servicio de los viajeros, están bien montados y son excelentes ginetes. Sus caballos pequeños, pero briosos, son casi todos de color isabela, con manchas leonadas y una raya negra en el lomo: hay, sin embargo, algunos alazanes ó bayo-oscuros. Los negros son desconocidos. Sea cualquiera el color del animal, siempre tiene la raya del lomo y los cabos negros; lo que viene en apoyo de los naturalistas, que suponen el origen del caballo en las llanuras del Asia central. Esta especie de librea de los caballos mongólicos debe ser muy afin de su color primitivo, porque tiene gran semejanza con los *herniones onagros* y *dziggetais*, especies salvajes análogas que habitan aun en las mismas regiones.

En cuanto á los ginetes, llevan una especie de túnica abotonada y larga hasta los pies, que abierta por sus cuatro lados desde la cintura, forma cuatro paños ó faldones, que para mas desembarazo pueden levantarse y sostenerse con corchetes. Cíñese además con una faja de seda, en que van prendidos con lazos de cinta, un eslabon, una pipa en su estuche y un abanico. Visten además unos calzoncillos de algodón hasta la rodilla, quedando desnuda la pierna hasta la bota, baja y ancha de caña, que sirve al ginete nómada de doble bolsa para todos los menudos objetos necesarios en viaje. Se cubren la cabeza con un gorro de piel de zorra calado hasta los ojos, ó bien con un casquete de paño de color, rematando en punta, con forros de lana fina ó de piel. Pero esta especie de tocado es mas propia de los oficiales y hombres de ciudad. No usan bigotes y se dejan crecer todo el cabello, si son *hombres negros*, es decir, seculares; los sacerdotes ó lamas, que están obligados tambien como los demás al servicio de postillones, van completamente pelados, llamándose por contraposicion en el lenguaje del pais *hombres blancos*. Ninguno de estos postillones lleva espuelas ni armas á la vista.

La silla de los ginetes mongoles es de madera, muy pequeña, muy estrecha y profunda. Sujétase con una cincha de cuero y se rellena con una almohada.

Los caballos no llevan bocado, sino un bridon con dos anillos que corresponden á dos correas que sirven de brida. Los estribos son muy anchos y de metal macizo.

El látigo es un mango con una trencilla de cuero que el ginete lleva asegurado á la muñeca.

Nueve carros de esta especie formaban el convoy francés: Mad. de Baluseck llevaba otros tres, además de su calea.

Sumando ahora los ginetes para el servicio de cada carruaje y los oficiales de escolta, los viajeros iban acompañados siempre de sesenta mongoles.

Todas las mañanas, dos ó tres horas antes de partir, se anticipaba, camino de la etapa á donde habia de pernoctarse, una verdadera caravana de camellos llevando á lomo los bagajes y cajas de provisiones.

Los camellos de los mongoles pertenecen á la especie de los de dos jorobas, que se encuentran tambien en la Rusia meridional y en la Persia. Estos brutos son de gran corpulencia, de pelo muy largo y sedoso, y muy fuertes para soportar la carga y el rigor del invierno en las estepas. Pero en la primavera pelean completamente, quedando desnudos por espacio de un mes. Con este pelo fabrican los indígenas tupidas estofas de fieltro que les sirven para colchones, mantas y otros usos domésticos. Estos útiles animales, acostumbrados desde muy tiernos al trabajo, se guian fácilmente por medio de un pasador de palo